

Rosario, 28 de junio de 2024

A los padres y las familias de nuestros alumnos

Quiero escribirles hoy acerca de algo muy presente en nuestras vidas. Me refiero a la palabra. Un recurso que nos expresa y nos vincula con los demás.

Nuestras palabras tienen muchas veces un poder o un alcance que no llegamos a dimensionar.

Nuestra palabra puede alentar y sostener tanto como un abrazo. Pero también puede agredir y herir como una puñalada. Hay frases o expresiones que hacen más daño que una trompada.

Con nuestras palabras podemos sacar del otro lo mejor de sí mismos. O, por el contrario, despertar en ellos la reacción más negativa o reprochable.

Un refrán popular sostiene que *a las palabras se las lleva el viento*. Eso, que desde un punto de vista es verdad, no lo es en todos los casos.

Cuando el otro con su palabra me ha maltratado o herido, a esa palabra no se la lleva ningún viento. Cuando la palabra que he recibido ha sido de reconocimiento o de aliento, a esa palabra tampoco se la lleva el viento.

Esto es algo a lo que debemos estar atentos **los adultos**. Sea en casa, como en la escuela. En todo momento y en todo lugar. Nuestros hijos-alumnos nos están escuchando. Incluso cuando dan la impresión de no atender, de “estar en otra”. Los chicos captan, escuchan.

Y en ese sentido, ante el avance de los medios tecnológicos que facilitan nuestra **comunicación**, debemos estar doblemente atentos. Tratar de ser muy cuidadosos tanto con lo que decimos como con lo que escribimos. No olvidemos que siempre seremos dueños de nuestro silencio y esclavos de nuestras palabras.

Si bien hay gran cantidad de aparatos y recursos que facilitan la comunicación, el encuentro cara a cara, el diálogo persona a persona, sigue teniendo un valor importantísimo. Lleva su tiempo pero más de una vez ahorra malentendidos,

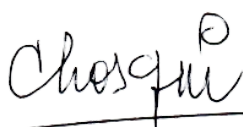
aplaca cierta carga emocional (que de todos se puede apoderar) y favorece una convivencia más armoniosa. No elimina los disensos o el que cada uno tenga su propio punto de vista, pero en serio que ahorra disgustos y evita el conocido riesgo de construirse fantasmas en la mente.

Para concluir vuelvo de nuevo a lo que más me interesa. Recordemos que nuestros hijos y/o alumnos nos están escuchando. Por eso nuestra palabra tiene que expresar verdad, pero al mismo tiempo respeto por el otro.

Y, aclaro, no se trata de un mero “cuidar las formas” o de “parecer correctos”. Recordemos lo dicho por Jesús: *de la abundancia del corazón habla la boca.*

Un abrazo a ustedes. Mi oración por cada uno de sus hogares.

aamaya@sanjoserosario.com.ar



P. Ángel Amaya SDB
Padre Director